



Fig. n.º 83.- Boto Arnau, G. (2001): *Cádiz, origen del toreo a pie (1661-1858)*, Madrid, Unión de Bibliófilos Taurinos, prólogo de R. Cabrera Bonet, 319 págs.+ 40 de anexos documentales.

Como el título anuncia, la intención decidida del autor es proponer la hipótesis de que el toreo a pie, que después daría lugar a la corrida actual, tuvo sus principios en Cádiz, a partir del último cuarto del siglo XVII. Si no he leído mal, propone, incluso, como fecha de mayor probabilidad, la de 1677. Lo que mueve al autor a proponer tal hipótesis y fecha es que, en ella, y por constancia de acta municipal, son contratados tres «hombres vaqueadores que piquen con vara larga a mañana y tarde». No estoy seguro que los expertos consideren que la presencia de tales varilargueros *vaqueadores* que, por cierto, el autor denomina como «auténticos picadores», es argumento suficiente para identificar esta fiesta con los orígenes del toreo a pie. En verdad, a lo largo de los capítulos primero y segundo y para reforzar su tesis, el autor ha estado esforzándose en contraponer las fiestas de toros desarrolladas en la Plaza de la Corredera con las que tenían lugar en la de San Antonio, sugiriendo que el primer ámbito era preferido para las fiestas taurinas de tradición aristocrática y financiación municipal y el segundo para fiestas que hoy consideraríamos de estructura más popular, en que el público debía pagar sus asientos, incluso cuando el espectáculo era caballeresco. Esta *financiación popular* debe tomarse también en cuenta, en su opinión, como signo característico de que el entusiasmo popular, que paga, debía venir provocado por un espectáculo de juegos taurinos diferentes de los tradicionales, con protagonismo nobiliario, dando a entender que tal entusiasmo se corresponde mejor con el interés y la complicidad del pueblo llano cuando los protagonistas de la fiesta son de su misma condición. Para este cambio propone la fecha de 1661 y se refiere a ella como «el acta de nacimiento del toreo a pie». Su argumento literal es que «estas fiestas son sólo de toros, no se juegan cañas, no hay pues caballeros ni torneos, aunque posiblemente se rejonearía». El lector experto extraerá sus propias conclusiones aunque el eru-

dito prologuista, con singular prudencia, estima que el tema debe quedar «en un ligero suspense». Independientemente de que la hipótesis más audaz pueda o no aceptarse, el libro, obviamente, es mucho más que ella y constituye un notable acopio de informaciones precisas y fundamentadas sobre el papel de Cádiz en el panorama taurino de la época que trata, con inusitada y original intensidad en el siglo XVIII. Me parecen de relevante interés las abundantes noticias sobre el matadero de la Plaza de San Roque y los tratos que se producen allí de los mozos, con los toros traídos para el consumo humano. Dan ellos la impresión de tener más que ver con el aprendizaje de algo que desemboque en un toreo a pie que otros argumentos del autor traídos con mayor riesgo y entusiasmo, como ya vinieron a poner de manifiesto las tesis sostenidas al respecto por notorios especialistas como Luis Toro Buiza, Pedro Romero de Solís y Antonio García-Baquero. En todo caso, Boto Arnau, de hecho, lo reconoce así, titulando al matadero de Cádiz como «escuela de toreros», apoyándose para todo ello en documentación municipal de 1685 y en textos recogidos del dominico padre Labat. De este modo, el libro está lleno de interés y noticias curiosas sobre la actuación y protagonismo municipal en las fiestas de toros gaditanas, sin obviar los típicos pleitos sobre preeminencias, los costos económicos de las fiestas y el expreso atractivo que ejercen sobre autoridades, aristocracia (de la sangre o el dinero) y la masa popular.

A partir de la mitad del capítulo tercero se van glosando, con mayor o menor extensión, figuras de toreros gaditanos, pero ya del siglo XVIII, citados en fuentes bibliográficas y otras documentales. Forma parte todo ello de la aportación quizás más fructífera y de mayor interés historiográfico de la obra: poner en pie y documentar la verdaderamente singular importancia del espacio gaditano en el desarrollo inicial del toreo del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX.

En lo formal, se trata de una edición tipográficamente cuidadísima, desde la portadilla al colofón y, especialmente, en las hermosas viñetas de finales de capítulo o las reproducciones de viejos carteles de toros gaditanos. En suma, un libro indispensable para expertos y aficionados pero igualmente útil para historiadores de la cultura popular y el papel del poder municipal en su promoción y administración.

León Carlos Álvarez Santaló
Fundación de Estudios Taurinos.

